

*Selecta*

Matías Zitterkopf



**Mientras contemplo  
la eternidad**

*Cielo prohibido*

3

# Mientras contemplo la eternidad

## Trilogía Cielo prohibido 3

*Matías Zitterkopf*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Prefacio

Érase una vez un ángel caído que había estado a la diestra de Dios. Pero en su corazón germinó el mal y fue desterrado del Paraíso.

Su caída fue estrepitosa y sus alas blancas se quemaron hasta volverse negras para luego disolverse como polvo en el viento. Dolorido y enojado, cayó en el Inframundo, en la cuna donde la Oscuridad había esperado, dormido y despertado de manera eterna. Ella lo acogió en sus brazos de niebla como una madre a su hijo.

Ambos soñaron las peores pesadillas y el Caído se multiplicó engañando a mujeres humanas. Niños especiales nacieron y fueron llamados Hijos del Diablo; los desterrados hijos de Eva.

Dios se cansó de tal aberración, pero perdonó a aquellas crías pues no era su culpa. Y la noche fue día y el día fue noche. Los ángeles descendieron como una majestuosa lluvia de estrellas plateadas y los demonios ascendieron como devastadoras llamas de fuego.

El amor del que había incumplido la tarea y la humana que lo amó trató de ser fuerte mientras el bien y el mal chocaban con fuerza y se fundían en una misma penumbra.

La Clara y la Oscura se pusieron sus mejores vestidos de guerra. Esos días la sangre fue arroyos de lava sobre las hermosas armaduras.

Fue el principio y también el fin.

## 1. Dos extraños

El día después de su accidente, Amelie lo pasó en la cama escuchando el sonido del mar al moverse en forma de olas espumosas y el llamado de las gaviotas que sobrevolaban las aguas azules de Playa Calma. Por mucho tiempo dejó la vista fija en esa pequeña ventana que le mostraba un trozo de cielo.

Las tres personas que la habían socorrido y tan amablemente la habían llevado a su supuesta morada ya no estaban allí. Eso sí lo recordaba desde que había abierto los ojos y los había visto delante de ella. Le hubiera gustado poder agradecerles con más conciencia por haberla rescatado y cuidado. Pero cuando despertó, luego de caer profundamente dormida, ya se habían esfumado. No la habían asustado en lo más mínimo, la habían dejado sorprendida en verdad. Aunque sus recuerdos eran algo vagos y todo se veía desdibujado en su mente, pues el dolor de cabeza era fuerte y se la pasaba durmiendo, tenía la certeza de que eran altos y sus ojos, de una claridad celeste que nunca había visto antes. Sus voces eran suaves y lograban acallar el zumbido en sus oídos, que poco a poco iba desapareciendo con el pasar de las horas.

No se había lastimado el cuerpo en el choque, de eso estaba segura, lo primero que había hecho cuando se enteró del incidente había sido recorrer sus extremidades con las manos varias veces. No llevaba a nadie más con ella en el auto porque supuestamente no tenía familia biológica y por eso daba gracias; no había matado a nadie. Ni siquiera se cuestionó dónde había quedado su vehículo destruido porque Mina, Gael y Lana, que era como se llamaban sus salvadores, no le habían proporcionado información acerca de ello, argumentando que un doctor había dicho que se encontraba bien y que de a poco iría recuperando la memoria. Entonces no había necesidad de apresurarse y atormentarse con miles de datos. Por eso no la habían dejado llamar a los amigos que tuviera, para no preocuparlos y para que no la atosigaran con preguntas. Solo le habían dicho que vivía en aquella casita junto al mar y que la compartía con alguien que se haría cargo de ella cuando los tres se fueran.

Y ese alguien era un tal Bastian, un muchacho que, supuestamente, era muy especial para ella. Al menos eso fue lo que había dicho Mina, la mujer que se había quedado con ella luego de que el extraño intentara besarla. Aquello había sido terrible, lo peor que le podía haber pasado. Por supuesto que había hecho un escándalo, no podría haberlo hecho, y había roto en llanto antes de volver a dormirse otra vez.

Esa palabra, «especial», estaba segura a qué se habían referido con eso. Podría no recordar nada acerca de su vida, pero no era tan tonta como para no darse cuenta de la manera en que Mina había pronunciado su nombre y de la sonrisa que había esbozado con sus labios pálidos cuando dijeron «especial».

Estaba sentada en la cama, cubierta hasta la cintura por una manta de grandes cuadros rojos, negros y azules. Observaba cómo, en una de sus manos, unas débiles líneas de lo que parecía un dibujo iban desapareciendo a medida que pasaban los minutos para convertirse en piel rosada. ¿Qué era aquello? Parecía un rastro de pasado, trazos débiles que no lograba comprender. También le daba vergüenza pensar que aquellas personas la habían bañado y le habían puesto ropa limpia, pero al menos eran mujeres como ella, suponía que el chico se había quedado afuera.

Se levantó de la cama finalmente para mirarse en un espejo que estaba sobre una de las paredes frente a ella. Quería saber quién era para hacerse una imagen de cómo lucían su rostro y su cabello. Tenía el pelo rojo –pero no del tono oscuro, sino encendido– y le caía sobre sus hombros ondulado como el mar cuando se viste de inmensas olas. La piel de su rostro era bastante blanca; su nariz, pequeña manchada por pecas y sus ojos, de un color marrón muy claro.

Intentó hasta el cansancio y el punto máximo de frustración recordar algo que no fuera físico, pero no pudo. Tampoco sabía su edad, ni algo destacable de cuando era pequeña. Su mente era un inmenso bosque oscuro en el que estaba perdida y las ramas secas de los árboles la tenían allí atrapada para siempre. Era en vano tratar de descubrir algo sobre su pasado porque ni siquiera podía recordar el accidente que había tenido el día anterior. ¿Cómo iba a hacerlo si tampoco podía pensar en las cosas del corto plazo? De alguna manera, trató de inventar la imagen en su cabeza, tejiendo la escena con las palabras que los tres hermanos le habían proporcionado, pero se sentía como un cuento falso. Si no lo tenía en la mente, no lo había vivido.

El rugido de su estómago se dejó escuchar porque el instinto le dijo que debía comer. Llevaba ropa interior blanca solamente, así que se acercó hasta un guardarropa para ver si encontraba algo que ponerse encima. ¡Mal! ¡Lugar equivocado! Halló ropa de hombre en la primera puerta que abrió. Tomó una camisa negra de delicada tela, recorrió sus puños, los diminutos botones y su cuello en puntas. Lentamente la acercó hasta su nariz, olía rico, era un aroma que mezclaba flores y madera, pero aquel perfume no le decía nada. La dejó en su lugar y abrió la puerta del otro extremo. Allí había prendas de mujer, por suerte, debía ser su lado del armario. Ver todo aquello hizo que se preguntara hasta qué punto llegaba su intimidad con el otro habitante de la casa. Tampoco podía responderse a eso, aunque ya podía darse cierta idea.

Tomó una especie de camiseta de mangas largas, era de lana azul y el tejido dejaba espacios abiertos por todos lados como una red. Se la puso y notó que le cubría un poco más arriba de las rodillas. Era un atuendo bastante revelador, pero demasiado cómodo y cálido para descartarlo.

Nerviosa tomó el picaporte dorado, era la única puerta en aquel lugar y eso la conduciría fuera de su refugio. No quería hablar con nadie ni compartir el mismo espacio demasiado tiempo. Solo iría a desayunar y volvería a la habitación y la calidez de su cama. Finalmente, se decidió y salió del cuarto.

El angosto pasillo estaba vacío, unos tibios rayos del sol de otoño se colaban por los cristales de tres altas ventanas rectangulares. Encontró una puerta a su derecha, que abrió para reconocer la casa, había un pequeño baño allí y aprovechó para asearse y arreglarse el cabello un poco.

Luego de eso atravesó el corredor y dio justo con una co-

cina. Le tomó un par de minutos encontrar una taza, un saco de té y azúcar, pero luego de un rato su bebida soltaba vapor sobre la mesada. Había una canasta con algunas masas dulces que su estómago le dijo que debía atacar. Cargó todo eso en una bandeja y se sentó a la mesa de la cocina. La puerta delantera estaba abierta y pudo ver una espalda, su espalda. Era el muchacho ese, sentado sobre los escalones que antecedian al porche.

A ella más bien le daba miedo ese chico; la forma en que la había besado sin siquiera conocerla, aprovechando que estaba dormida. Bueno, él debía conocerla y era ella quien no lo recordaba, pero aun así no se lo iba a permitir. Entendió que especial significaba que era su novio, que el tal Bastian era su novio, pero ella no lo sentía así y no iba a ponerse a actuar.

Mientras comía las galletas de vainilla y tomaba su té, se lo quedó observando por el espacio abierto en la puerta. Parecía estar concentrado en algún punto distante; aunque no pudiera verle el rostro, era seguro que miraba el mar porque este ocupaba todo el horizonte como una tela flameante que se envolvía y desenvolvía en el viento.

Una vez que terminó de desayunar, Amelie dejó todo limpio sobre la mesada y un tanto nerviosa atravesó el *living*. La madera se sentía áspera debajo de sus pies descalzos. Quería ver la inmensidad del mar desde afuera, contemplar el cambio de los colores de la marea desde el exterior y no a través de un cristal o un marco de madera.

Apenas puso un pie en la galería, las tablas crujieron y eso hizo que el chico se pusiera rígido, enderezó su ancha espalda, pero ni siquiera volteó para mirarla. Se quedó en su lugar como una estatua.

Ella miró hacia su izquierda, había uno de esos bancos

que pendían con cadenas de los tirantes del techo y se movía en un vaivén. Estaba frente a una de las ventanas de la casa. La brisa no era del todo fresca, pero podía sentir que le acariciaba las piernas y se colaba por cada espacio abierto de su atuendo. Se sentó en aquel banco y observó el agua azul ondularse bajo el cielo impoluto bañado de luz dorada mientras ella se mecía. Bastian no se había movido de su lugar aún.

—¿Ho... Hola? —susurró o más bien su voz le jugó una mala pasada y salió casi imperceptible. Amelie aclaró la garganta y volvió a hablar—. Me gusta... el mar. Se ve precioso. Es inmenso y los destellos sobre el agua son bonitos. ¿Es siempre así?

El chico tragó saliva audiblemente, sus músculos se tensaron bajo esa ajustada camiseta blanca que llevaba puesta. Exhaló fuerte, como tomando coraje, y giró su cabeza para mirarla finalmente.

Sus ojos eran tan verdes y profundos que miles de cosas parecían moverse allí dentro. Comparado con ellos, el mar le resultaba insignificante. Eran bellos y la miraban de lleno, como si hubieran anhelado aquel momento por siglos.

Amelie se sonrojó un poco y acomodó su cabello detrás de su oreja y volvió a ver el mar porque Bastian parecía traspasarla con la vista. La hacía sentir tan expuesta. Fue allí que entendió que la situación no era únicamente difícil para ella. Si ese chico era realmente su novio, le debía doler mucho lo que estaba pasando. Recordó el terror en su mirada cuando ella no pudo reconocerlo cuando sus labios se habían tocado la noche anterior, pero de ella no había fluido ni una clase de sentimiento lindo. Era más, hasta podría haberse sentido un perverso gracias a su reacción tan exagerada al apretarse contra la puerta. Pero no podía pre-

tender, no lo iba a hacer, simplemente no lo recordaba y no le nacían las ganas de besarlo. Era imposible, eran dos extraños.

El chico giró su cuerpo y, recostando la espalda contra la baranda, subió sus pies al escalón y encerró sus rodillas con esos brazos gruesos que tenía.

—Cuando compré la casa lo hice porque pensé que te gustaría ver el mar todos los días al despertar —comentó. El fantasma de una sonrisa se dibujó en sus labios y luego desapareció tan pronto como había llegado. ¿Qué cosas de un pasado perfecto debía estar recordando?

—Espero haberte agradecido por eso, de verdad —dijo ella. No tendría que haberlo hecho. No quería hablar, no deseaba darle esperanzas y, sin embargo, lo estaba haciendo—. Si no lo hice antes porque tal vez no me gustaba el mar en aquel momento, la nueva persona que soy ahora te da las gracias. Es realmente maravilloso. ¿Compraste una casa para una novia? Supongo que tú y yo...

—Sí. La compré para los dos y porque te... —Se interrumpió, seguramente midiendo las palabras, aunque ella sabía en lo que terminaba la oración—. Perdón, no quiero hacerte sentir incómoda. Es el primer día y tengo que acostumbrarme.

—Lo siento. Es mi culpa... lo de anoche, me tomaste por sorpresa. Yo no te conozco... recuerdo, eso está mejor. No te recuerdo y me asustaste. Pero prometo que no te voy a decir cosas horribles o tratarte mal ni nada de eso. Me voy a la habitación, me duele la cabeza —informó ella y se puso de pie. Él la miró un segundo a la cara, pero luego bajó sus ojos lentamente por su cuerpo, recorriéndola despacio hasta llegar a sus piernas.

«Recuerda verte menos provocativa la próxima que quie-

ras marcarle un límite», se dijo a sí misma sacudiendo la cabeza.

—Gracias —dijo él, más relajado—. Eso me haría mucho bien. Yo quiero ayudarte, ¿sabes? Pero no te voy a presionar para que recuerdes nada. Iré al pueblo a comprar comida y hablaré con nuestros amigos para decirles que estás bien. Ellos aún no saben nada y deben estar preocupados.

—No quiero ver a nadie más por ahora, perdón —interrumpió ella y se abrazó la cintura.

—Eso era lo que iba a decir, les pediré que no te presionen o insistan con venir hasta aquí. Les diré que estás bien, pero necesitas tiempo. ¿No tendrás problema quedándote sola?

—Sí, no te preocupes. Puedes ir, me meteré en la cama —respondió ella con una sonrisa amable y se apresuró a volver a su refugio. Si bien la casa era pequeña, el recorrido le pareció interminable, pero ni bien llegó a destino cerró la puerta de la habitación, se cubrió con la manta y se puso a llorar dejando que las lágrimas fueran ríos desbordados en sus mejillas y mojaran la almohada. Estaba sumamente frustrada, quería dormir y despertar recordándolo todo. Pero eso no sería posible, no era algo que ella sola pudiera solucionar.

\*\*\*

Bastian la había seguido de manera imperceptible hasta la puerta de la habitación. Parecía tener prisa por encerrarse allí y escaparse de él. Sabía que no debía reparar en esos detalles, pero se veía tan linda con esa ropa azul que exponía sus piernas y su cabello rojo, que acariciaba sus

hombros. Había pasado por tantas cosas y estaba radiante como una estrella. La escuchó llorar, de seguro ahogando el llanto con la almohada, y eso hizo que sus puños se cerraran y golpearan una pared antes de alejarse de la casa. Estaba convencido de que la frustración de ambos en el mismo lugar podía crear un agujero negro capaz de absorber el mundo entero.

Se subió al auto y se alejó de Playa Calma a toda velocidad, y se sorprendió de cuánta tranquilidad aquel simple hecho le producía. El ruido del motor era fuerte y el viento que se colaba por la ventana le despeinaba el cabello. Más temprano se había cubierto de la vista de Amelie para no molestarla, para que se sintiera cómoda si deseaba andar por la casa, pero, como siempre, ella igual lo había visto sentado sobre los escalones de la galería. Podría haber perdido la memoria, pero no su habilidad de ver ángeles, porque todavía seguía siendo uno. Ella siempre iba a verlo.

Gracias a la Guardia Divina sabía lo que Amy le había contado a su familia sobre su propia desaparición o visita al Inframundo los días anteriores, y había sido bastante ingeniosa. Les había dicho que su padre había aparecido y lo había contactado para que viajara a Las Colinas. Él iba a aprovechar eso para decirles que, en una excursión de montaña, Amelie se había caído y se había golpeado la cabeza gravemente. Sería difícil retener a Nadia, pero se trataba de la salud de su amiga. Lo entenderían o al menos confiaba en eso. Mentiras y más mentiras entrelazadas como hilos pegajosos de una gran tela de araña. No quería pensar qué sucedería cuando todo aquello se derrumbara.

Sus compañeros de guerra le recordaron el Paraíso y su fallido intento de llegar a él temprano por la mañana. Se había levantado del sofá, su improvisada nueva cama,

cuando el sol todavía no iluminaba el mar para ponerse de pie sobre la arena. Había invocado a los guardianes del Portal y al principio parecía que lo habían dejado atravesar el velo que separaba los mundos, pero se quedó flotando en un espacio de luz blanca y nunca llegó a las cuatro torres de cristal de Mikah. Si lograba hablar con Dios, se tendría que aguantar todo lo que tenía para decirle, pero, por lo visto, Él se había adelantado cerrándole el paso. No le quedaba otra opción más que esperar a sus hermanos para lograr algo. El infierno le había dado la bienvenida casi con un banquete y el lugar al que siempre había pertenecido, el que lo había salvado de una humanidad complicada, cerraba los portales para él. Odiaba empezar a sentir que Aaron no estaba del todo equivocado con algunas cosas que decía, pero no quería dejar que esas semillas de dudas germinaran en él.

En ese momento, cuando sintió el viento ingresar con más fuerza por las ventanas bajas de su Chevy azul, tuvo ganas de extender las alas y volar alto, muy alto. Fundirse entre las nubes y luego dejarse caer en picada, en espirales veloces hasta atravesar el mar. El veneno demoníaco que antes le habían inyectado se había sentido horrible, era espeso y lo había quemado por dentro. ¡Qué bien se sentía haberse liberado de esa peste! Tenía ganas de volar otra vez.

Nadia había vuelto a Puerto Azul desde la capital porque era fin de semana y estaba sentada sobre el césped verde lleno de hojas marrones y rojas junto a Alexis. Estaban en el jardín delantero de la casa de los Herman. Bastian estacionó el auto y los observó por un momento, añorando aquella luz y esas sonrisas. Parecían partículas suspendidas en el tiempo, en un mundo donde no había amenazas demoníacas.